

Y arrebatado de dolor por Cristo,
Recibió en galardón
Las sangrientas estigmas, cual si fuera
Espejo que copiara al Salvador.

A sus pies humilló naturaleza
Su fiera rustiquez,
Y hasta el hambriento lobo traicionero
Fue corderillo en místico vergel.

En torno de él las aves revolando
En dulce confusión
Traíanle mensajes de los cielos,
Arpegios de las liras del Señor.

Y entonces pudo imaginar el mundo
Que tras prueba cruel,
Levantaba su trono la inocencia
Sobre las ruinas del perdido Edén.

Bogotá, julio 18 de 1916.

LOS CAMINOS DE LA VERDAD

Aquel día de paseo los niños estuvieron más animosos que nunca. Apiñáronse en torno de su maestro, que se había sentado en el recuesto de una colina a cuyo pie corría un río torrentoso, y, excitados por extrañas conversaciones que habían tenido entre sí no menos que por la genial franqueza de su preceptor, dieron rienda suelta a su investigadora curiosidad. El más resuelto de entre ellos dijo, por fin:

—Constantemente nos dicen nuestros padres que nos envían a la escuela para *aprender*. ¿Para aprender qué?, maestro.

—Para aprender la verdad, respondió éste.

—¿Y sólo en la escuela se aprende la verdad?

—Nó, amiguito mío. La escuela no es más que un lugar provisto de elementos preparados expresamente para facilitar el aprendizaje, pero no es el único recurso para obtenerlo, ni este vuestro maestro está en posesión de todos los conocimientos que vosotros sois capaces de adquirir. Quisiera, eso sí, que pasarais revista a todos los medios de que disponéis para descubrir y conocer la verdad, y que no desperdiciarais ninguno.

—¿Hay, pues, muchos medios?

—Sí, respondió el maestro, como vosotros mismos vais a cercioraros. Dinos, Gregorio, ¿cómo sabes que en la cordillera central se halla nuestro grandioso nevado del Tolima?

—Ah! porque lo he visto con mis propios ojos en mañanas tan despejadas como la de hoy.

—Y yo, añadió Manuel, aunque no veo ahora el río, sé que corre allí abajo, porque lo oigo claramente estrellarse contra las piedras.

—Y yo, repuso Carlitos, con los ojos y los oídos tapados, distingo perfectamente el tomillo de la valeriana, sin más que olerlos.

—Para eso, yo, dijo Hilario, que las daba de gracioso, con sólo que metan en la boca una tajada de fruta, les aseguro si es melón o es piña.

—En fin, agregó otro, yo sin verla, ni oírla, ni olerla, ni saborearla, sino tocándola no más, conozco si el agua está fría o caliente.

—Todos esos medios que habéis enumerado, dijo el maestro, nos ponen en comunicación con el mundo material, y han recibido el nombre de *sentidos externos*.

—Yo se los sé decir, interrumpió el más chico, los sentidos son cinco: la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto.

—Si desgraciadamente nos faltara alguno o algunos de ellos, observó el maestro, nos quedaríamos incapacitados para adquirir cierto número de conocimientos.

Pero sin necesidad de aplicar ninguno de estos sentidos externos, yo sé lo que estoy pensando o sintiendo o queriendo para mis adentros, aunque esté solo, a oscuras y en profundo silencio. ¿No os sucede a vosotros otro tanto? preguntó el maestro.

—Sí, señor, respondió al instante Liborio, a quien llamaban el *meditabundo*; y para darnos mejor cuenta de nuestras cosas interiores solemos evitar todo lo de afuera que nos pueda distraer. Todos, cual más cual menos, tenemos nuestros ratos de meditación para nosotros solos.

—Pues bien, replicó el maestro, ese medio de conocer nuestras personales y secretas afecciones y la un nuestro propio sér, ha sido llamado *conciencia*. Así, según que hagamos uso de este medio o nó, solemos decir, por ejemplo: tengo conciencia de entender la lección; inconscientemente cerré el libro, etc.

—Es la primera vez que yo he recapitado sobre esto, observó otro niño; pero lo que yo había oído llamar conciencia es ese no sé qué que nos remuerde cuando hacemos algo malo.

—Dices bien, Luisito, contestó el maestro, también se llama conciencia esa especie de voz íntima que nos manda hacer unas cosas por buenas y no hacer otras por malas. Jamás desobedezcáis, queridos niños, esa voz interior. Mas precisamente el obediencia de ella implica el conocimiento de nuestras impresiones personales y de nosotros mismos, y ese conocimiento interior es la conciencia de que ahora estamos tratando.

—Entendido, exclamó Néstor; pero yo no sólo sé lo que ahora estoy pensando o sintiendo o queriendo, sino que me acuerdo muy bien de las cosas que pensaba, sentía o quería ayer, antes de ayer y mucho más antes.

—Eso se llama *memoria*, dijo Daniel, y si no fuera por ella, todo nos estaría cogiendo de nuevo, como si

nunca lo hubiéramos sabido, y poco sacaríamos de estar viniendo todos los días a la escuela, si mañana olvidáramos lo que aprendimos hoy.

—¡Perfectamente!, continuó el maestro. Mas existen ciertas verdades que conocemos, no porque las percibamos por los sentidos, ni porque nos las atestigüe la conciencia, ni porque nos las recuerde la memoria. Tales son, por ejemplo: una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo; nada sucede sin causa; dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí, y otras por el estilo.

—Ah! sí, prorrumpió Tomás, esos son los *axiomas*. es decir, verdades de que quedamos plenamente convencidos sin necesidad de prueba desde la primera vez que las consideramos.

—Esas verdades no se limitan a un solo lugar ni a una sola época, agregó el maestro, y su aplicación es permanente y general.

—Además, continuó Manuel, para entenderlas cuando nos las dicen es suficiente conocer las palabras con que se expresan, pues para ello basta tener *inteligencia*, y diciendo esto se tocó con dos dedos la frente.

El maestro hizo una señal de aprobación.

—Esas son indirectas contra mí, replicó un tanto amostazado Jerónimo, que era tardo para la aritmética aunque estudioso, todo porque ayer me costó tanto trabajo entender la resolución del problema que trajo Enrique.

—No, hijo mío, observó el maestro, es porque hay verdades que no es posible comprender o descubrir de un golpe y por sí mismas, sino que necesitan del apoyo de otras más fáciles y bien sabidas para llegar a conocerlas. Este procedimiento de encontrar verdades desconocidas por medio de otras conocidas, se denomina *raciocinio*.

—Por medio del raciocinio, prosiguió uno de los niños más adelantados, es como se prueba en geometría que la suma de los tres ángulos de cualquier triángulo equivale a dos ángulos rectos.

—Y por el raciocinio también, añadió otro de los mayores, fue como Isaac Newton, viendo caer una manzana, comprendió que lo mismo sucedía con los demás cuerpos y descubrió la ley de la naturaleza de que la materia atrae a la materia.

—Sí, mis queridos niños, dijo el maestro. Sin el raciocinio no habría estudios de matemáticas, ni de física, ni de ciencia alguna.

—Pero a mí se me ha ocurrido una cosa más, prorrumpió Estanislao, que siempre andaba con observaciones peregrinas.

—¿A ver, cuál?, exclamaron varios niños a la vez.

—Pues que yo tengo conocimiento de la batalla de Boyacá con casi todos sus pormenores, y, sin embargo, para saberlo no he tenido que presenciara, ni es cosa de que yo tenga conciencia ni memoria personal, ni ese acontecimiento puede contarse entre los axiomas, de que habló Tomás, ni tampoco hay raciocinio que valga para demostrarlo.

—¿No fue cierta, pues, la batalla de Boyacá?, preguntó el maestro.

—¡Cómo no ha de ser!, protestaron casi todos los niños en coro; entonces no tendríamos hoy patria independiente.

—Así es en verdad, respondió el maestro. Hay conocimientos que los adquirimos por el *testimonio* de los demás hombres.

—Si no fuera así, muy poco sabríamos de historia y de geografía, observó un chicuelo.

—Si los hombres creen algunas cosas por el testimonio o palabra de sus semejantes, agregó Juan, con

mayor motivo habrán de creer otras por el testimonio de su Creador, si tiene a bien manifestarles algo.

—No puede darse cosa más razonable, dijeron varios niños.

—Aquí tenéis, amiguitos míos, prosiguió el maestro, los diferentes medios de que disponemos para alcanzar la ciencia o conocimiento: los sentidos, que nos enseñan las cosas del mundo material; la conciencia, que nos revela lo que pasa dentro de nosotros mismos; la memoria, que nos guarda las impresiones pasadas; la inteligencia, que nos pone instantáneamente y sin necesidad de prueba en posesión de algunas verdades importantes; el raciocinio, que saca verdades desconocidas de las conocidas; el testimonio humano, que nos cuenta lo que no hemos podido presenciar, y el testimonio divino, que hace saber las cosas que Dios ha querido comunicar a los hombres, sus criaturas. ¿Qué pensaríais del hombre que, por ignorancia o por capricho, desechara algunos o siquiera uno solo de estos medios de conocer?

—Que se privaría de la capacidad de adquirir un cierto número de verdades, contestó uno de los niños.

—Sería tanto como sacarse los ojos, o cerrar una ventana por donde debe entrar la luz, añadió otro.

—Guardáos, pues, mis queridos niños, concluyó el maestro, de cometer jamás tamaña necedad; antes bien, abrid bien y mantened siempre de par en par las puertas por donde puede llegar hasta vosotros la luz de la verdad.

FRANCISCO M. RENJIFO



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico